

blemente su memoria. La he tomado de los Autores fidedignos, de aquellos mismos que me han asegurado haberla aprendido del santo hombre Isac, Obispo de Ginebra, á quien el bienaventurado Obispo de Sion Teodoro (1) habia hecho la relacion. Así como se vé á los fieles venir en tropas desde las mas distantes Provincias á los sepulcros de estos Santos, y ofrecer el oro, la plata, y otras cosas preciosas; así también nosotros llevamos esta historia, que ponemos á sus pies, y tomamos la libertad de presentársela baxo vuestra proteccion, suplicándoles se dignen concedérsela. Y vos, nuestro muy amado hermano en Jesu-Christo, no nos olvidéis: especialmente os lo pedimos en este dia solemne, que celebrais todos los años á honor de estos ilustres Soldados de Jesu-Christo, y todas las veces que oráreis delante de sus santas reliquias.

MARTIRIO

DE LOS SANTOS DE AGAUNA. (2)

Queremos dexar á la posteridad la historia del martirio de aquellos generosos soldados, que en los campos de Agauna dieron su vida por Jesu-Christo. Convidanos á ello la grandeza del asunto,

(1) Este Teodoro asistió al Concilio de Aquilea, y suscribió en el año de 381. (2) Agauna está situada en la Diócesis de Sion.

y nos reconocemos poseídos del deseo de contribuir á la gloria de tantos Santos, por la qual trabajaremos con tanta mas solidez, quanto estamos ciertos de que la relacion que hacemos es sacada de memorias muy auténticas. En efecto, la tradicion aun no ha podido menoscabarse por la distancia de los tiempos; puesto que nosotros casi hemos alcanzado á los que fueron testigos. En fin, nosotros sentimos un placer sensible en publicar la dicha de Agauna, y en gratificar al pueblo fiel que le habita: porque si las Ciudades que han tenido el honor de ser las depositarias de los sagrados despojos de un Martir, son miradas con una especie de veneracion religiosa, ¿qué respeto no se debe tener por un lugar consagrado con la sangre de mas de seis mil Mártires?

Quando el mundo gemía baxo la tiranía de Diocleciano, y de Maximiano, el Cielo se poblaba de Mártires. Todas las Provincias del Imperio enviaban á él tropas de ellos; y no se pasaba dia que no cayesen muchos á el filo de la espada. Señalóse Maximiano en esta ocasion; y así como excedía mucho á su coléga en avaricia, en crueldad, y en disolucion, le excedió tambien en la inclinacion que tenía al exécrable culto de sus Dioses, y en el odio que habia concebido contra el verdadero Dios: de suerte, que armó, digamoslo así, toda su impiedad para la ruina, y la destruccion del nombre Christiano. Luego que alguno se atrevía á profesar abiertamente el Christianismo, al punto se veía rodeada

su casa de soldados, que le arrancaban de entre los brazos de su familia, y le arrastraban al suplicio. En fin, el Tirano estaba de tal modo empeñado en destruir la Religion de Jesu-Christo, que hizo una tregua vergonzosa con los Bárbaros por aplicarse enteramente á perseguir á los Fieles.

Habia por entonces en el Ejército una Legion llamada Tébaná. Componíase esta de 6600 hombres efectivos. Maximiano mandó viniese de una de las Provincias del Oriente, en donde tenia sus cuarteles; y con este nuevo refuerzo hubiera podido marchar contra el cuerpo del enemigo, si la injusta pasion que le animaba contra los Christianos, no le hiciese preferir el cruel placer de derramar su sangre, á la gloria de vencer los enemigos del imperio. Esta Legion se componia de gente animosa, de un valor experimentado, intrépidos en el peligro, y que habian envejecido la mayor parte en el arte de la guerra: pero en lo demas fieles á Jesu-Christo, inalterables en su fé; y que sabian dar á Dios lo que es de Dios, y al mismo tiempo que al Cesar lo que es del Cesar (1). Habiéndolos comandado el Emperador con otras tropas contra los Christianos, que hacia prender por todas partes, y conducirlos á la muerte, declararon ellos con resolucion que no podian obedecer á unas órdenes tan injustas, y que no habian venido para ser los Ministros

(1) Véase á Mr. de Tillemont en sus Notas sobre la persecucion de Diocleciano.

tros de la crueldad del Príncipe; sino para ayudarle á alcanzar victorias. No estaba Maximiano lexos del campo, porque se habia retirado á Martigni (1), en donde descansaba de un largo viaje. Pero á la primera noticia que recibió de esta generosa resistencia de la Legion Tébaná, corrió lleno de rabia, respirando una sangrienta venganza. Pero antes de pasar mas adelante, es necesario formar aquí el plan del lugar en que esta Legion estaba acampada.

Dista Agauna de Ginebra como cerca de 60 millas, y 14 de Lago Lemán (2). Este lugar está situado en un valle en medio de los Alpes, cuyas cimas la coronan por todas partes. El Rona, que corre por en medio, dexa en sus dos riberas solamente un camino estrecho, y difícil; levantándose de una, y otra parte de su playa unos peñascos que llegan hasta las orillas. Pero despues que se ha pasado este largo desfiladero, comenzando á ensancharse el pie de las montañas á la derecha, y á la izquierda, forman un círculo, que comprehende un campo bastante dilatado, en medio del qual está la poblacion de Agauna. Allí era donde la Legion Tébaná se habia retirado despues de haber hecho su declaracion, no pudiendo acceder á las crueles órdenes del Emperador. El furor que excitó en el ánimo de este Príncipe, fue tan violento, que al punto

Tom. II. A 3 man-

(1) O Martinach, Ciudad de la Suiza. (2) El Lago de Ginebra.

mandó se degollase la décima parte de la Legion (1), con el fin de que aquellos á que la suerte hubiese perdonado, aterrados del peligro de que acababan de libertarse, y de la vista de sus compañeros degollados á su presencia, se resolviesen á obedecer: pero ni este triste espectáculo, ni el temor de semejante destino los pudieron alterar. Gritaron todos, que jamás se verían sus manos manchadas con la muerte de sus hermanos, ni humeando con su sangre inocente. Que detestaban el impío culto de los Idolos; que adoraban solo al verdadero Dios; y que padecerían los últimos castigos, y hasta la misma muerte antes que hacer la menor cosa contra la Religion que profesaban. Habiéndosele contado esto á Maximiano, mandó, que se diezmasse la Legion segunda vez, y que no se dexase despues de obligar á los que quedáran á executar sus primeros órdenes. Fue, pues, diezmada la Legion: pero el resto, sin asustarse, perseveró siempre en la misma resistencia; exhortándose mutuamente los Oficiales, y los Soldados unos á otros á permanecer firmes en tan bella resolución.

El que mas les inspiraba esta admirable firmeza, era S. Mauricio su Coronel, á el qual se juntaron Exúpero, Mariscal de Campo, y Cándido, Preboste de la Legion. Estos tres Oficiales no cesaban de representarles la santidad del juramento, que habian hecho á Jesu-Christo, la fi-

(1) Esto es, que se matase uno de diez.

delidad que le debian como á su verdadero Emperador: que les era mas honroso el morir por la defensa de la Ley de Dios: que el exemplo de sus compañeros, que veían tendidos sobre la arena, como otras tantas víctimas sacrificadas á la gloria de este gran Dios, los debia maravillosamente animar á esto: que desde lo alto del Cielo adonde acababan de subir, les alargaban la mano, y les mostraban unas coronas en todo semejantes á las que veían brillar sobre sus cabezas. Estos tres grandes hombres no dificultaron el encender en el corazon de sus soldados aquel fuego divino en que se abrasaban ellos mismos. Suspiraban todos por el martirio. Y así animados de aquel divino incendio, presentaron á Maximiano un memorial, concebido á corta diferencia en estos términos.

SEÑOR.

« Nosotros somos vuestros soldados; es ver-
 » dad; pero tambien somos siervos del verdadero
 » Dios, y nos gloriamos de confesarle. Nos ha-
 » beis honrado con la Milicia; pero á Dios le de-
 » bemos la inestimable gracia de la inocencia. De
 » vos recibimos el sueldo como una recompensa
 » debida á nuestros trabajos; pero de Dios tene-
 » mos la vida como un don puramente gratuito, y
 » que jamás podemos merecerlo. ¿ Luego no nos es
 » permitido obedecer mas á nuestro Emperador
 » desde que nuestro Dios nos lo prohíbe? Sí por
 » cierto. Nos lo prohíbe nuestro Dios, y Señor

„ vuestro. Mandadnos cosas justas, y nos hallareis
 „ sumisos, obedientes, prontos á emprenderlo to-
 „ do por vuestro servicio, y por vuestra gloria.
 „ Mostradnos al enemigo, y lo vereis derrotado:
 „ nuestras manos no aguardan mas que vuestras
 „ órdenes para su mas sangriento destrozo; pero
 „ jamás nos conspiraremos contra los fieles que
 „ son vuestros vasallos. ¿Hemos por ventura to-
 „ mado las armas para acabar con los Romanos,
 „ ó para defenderlos? ¿No es por la justicia, por
 „ la conservacion del imperio, y por mantener
 „ en él la tranquilidad para lo que hasta ahora
 „ hemos militado? ¿No ha sido siempre este el
 „ precio, como tambien el motivo de tantos pe-
 „ ligros á que nos hemos expuesto cada dia? En
 „ fin, Señor, si faltamos á la fidelidad que he-
 „ mos prometido á Dios, ¿qué seguridad ten-
 „ dreis, de que os guardaremos la que os hemos
 „ jurado? Dos juramentos nos unen con Dios, y
 „ con vuestra persona sagrada: si violamos el pri-
 „ mero, el segundo poco nos costará el quebran-
 „ tarle. Nos mandais degollar por ser Christianos.
 „ ¿Es posible que habeis de emplear solo en esto
 „ el restante cuerpo de vuestros soldados? Bien os
 „ han servido, quando res habeis mandado degol-
 „ llar á nuestros compañeros. ¿Qué aguardais en
 „ hacer otro tanto con nosotros? Qué os detiene?
 „ Nosotros confesamos á un Dios criador de to-
 „ das las cosas, y á Jesu-Christo su Hijo, y Dios
 „ como su Padre. Acabamos de ver á estos espi-
 „ rar, á impulsos del homicida hierro de vues-
 „ tros

„ tros verdugos, y estamos todos cubiertos de san-
 „ gre. ¿Nos habeis visto derramar la menor lá-
 „ grima? ¿Hemos dado el menor suspiro? ¿Os han
 „ dicho acaso que llorábamos su muerte inopina-
 „ da? Al contrario, los hemos acompañado con
 „ nuestras oraciones, y demas señales de alegría.
 „ Los tenemos envidia, los juzgamos felices de
 „ haberse hallado dignos de padecer por su Dios.
 „ Finalmente, no tienen que temer nada de nues-
 „ tra desesperacion: el temor de la muerte no ar-
 „ mará nuestras manos para rechazar la que se
 „ nos quisiese dar: y nuestro Emperador, aunque
 „ encarnizado en nuestras vidas, no nos será me-
 „ nos respetable. No nos opondrémos á los gol-
 „ pes que nos hiciere dar, ni nos serviremos de
 „ nuestras armas para impedir la execucion de sus
 „ órdenes, por injustas que sean. Y así, mas que-
 „ remos nosotros mismos morir, que hacer el me-
 „ nor mal á nuestros hermanos; y entre morir
 „ inocentes, y vivir culpables, no hay que du-
 „ dar en la eleccion. En fin, somos Christianos,
 „ y no podemos resolvernos á derramar la sangre
 „ de los Christianos.”

Habiéndosele leído á Maximiano este escrito
 igualmente fuerte, y respetuoso, y no esperando
 mas poder vencer la constancia de estos genero-
 sos Christianos, se resolvió á hacerlos pasar to-
 dos á cuchillo. Nuestros Santos, viendo acercar-
 se los soldados con la espada desnuda, baxaron
 las armas; y presentando la garganta á sus ver-
 dugos, recibian el golpe mortal sin dar el me-
 nor

nor suspiro. Pudieran haber vendido bien cara su vida : y fuertes con su número , y su valor , hacer sentir á los soldados que los mataban , que no era tan facil el quitársela. Pero acordándose , que aquel á quien adoraban , y por cuyo amor morian , semejante á un manso cordero , no habia ni aun abierto la boca para quejarse de la injusticia de sus enemigos ; se dexaron despedazar como inocentes ovejas á quienes una manada de hambrientos lobos han asaltado en un desierto lugar. La tierra fue en un instante cubierta de cuerpos ó muertos , ó moribundos , y largos arroyos de sangre corrian por todas partes. ¿Qué Tirano , por sediento que estuviese , ha hecho jamás correr de este modo torrentes de sangre sobre la arena ? ¿Por ventura un solo decreto ha castigado jamás á tantos reos de una vez ? Con todo eso , aunque un delito cometido por una multitud de delinqüentes , casi siempre quede sin castigo , aquí la multitud no puede salvarse , aunque sea de inocentes. De este modo fue como un solo hombre , abusando de su poder , hizo perecer con una sola palabra á todo un pueblo entero de Santos. Así es como fue extinguida en su sangre esta Legion de Angeles mortales . pero es preciso creer que en el momento se fue á juntar á las Legiones de los Espíritus Celestiales para alabar , y bendecir para siempre al Dios de los Exércitos.

El Martir Víctor no estaba en esta Legion , porque se habia retirado de la milicia , y conse-

guido sus inválidos. Viajando , la casualidad le conduxo al campo de Maxímiano el dia de esta horrible expedicion , de que acabamos de hablar. En él halló á los que habian tenido parte en ella , que estaban muy alegres. Se les dió por recompensa de su infame crueldad los despojos de los Mártires ; y despues de haberlos dividido entre sí , se regocijaban de botin tan caudaloso. Apenas viéron á Víctor , quando le convidaron á comer con ellos. Llenos de vino , y aun mucho mas embriagados de una loca alegria , le refirieron lo que acababa de pasar. Pero él , estremeciéndose de horror , y detestando en sí mismo aquellos homicidas , no se pudo resolver á tocar unas viandas regadas con sangre humana. Levántase prontamente ; y huyendo de una comida tan funesta , meditaba ya su retiro , quando los soldados echándolo de ver , le preguntaron con aspereza si era Christiano. Sí lo soy , les respondió , y lo seré con la gracia de Dios mientras viviere. Acabada de pronunciar esta palabra , se echaron sobre él , y lo mataron.

De este gran número de Mártires no hemos podido saber el nombre sino de tres , que son : de los Santos Mauricio , Exúpero , y Cándido , por mas diligencias que hemos hecho. A la verdad , la Ciudad de Soleura (1) conserva aún el dia de hoy la memoria de Víctor , y de

(1) Soleura , ó Solothurn , Capital del Canton del mismo nombre , y uno de los cinco Cantones Católicos.

Oso (1), que comunmente se cree ser dos soldados de esta dichosa Legion, y que padecieron el martirio en esta Ciudad.

Ahora es preciso para satisfaccion de los lectores, que yo refiera cuál fue el fin trágico, y funesto del Tirano (2). Parecióle por su desgracia muy conveniente formar el designio de quitar la vida á Constantino su yerno, que despues de la muerte de su padre Constancio, acababa de subir al trono. Pero este nuevo Emperador, habiendo descubierto la mala intencion de su suegro, y librádose felizmente de las asechanzas que este le habia puesto, le sorprendió él mismo en Marsella, y asegurado de su persona, lo hizo degollar. Así acabó Maxímiano su vida por una muerte tan merecida de uno de los hombres mas indignos que han subido á el trono de los Césares Romanos.

De los bienaventurados Mártires de Agauna nos ha quedado la tradicion de que muchos años despues de su tránsito el Santo Teodoro, Obispo de Sion, tuvo revelacion del lugar en que estaban sus cuerpos sagrados, en el qual les hizo erigir un Templo suntuoso.

Mientras este se fabricaba, acaeció un suceso prodigioso, que no podemos pasar en silencio. Entre los obreros que trabajaban en este edificio, habia uno Pagano. Un Domingo, al tiempo que los Christianos asistían á los Divinos Oficios,

(1) Oso, ó Ursus. (2) Maxímiano.

cios, él solo, sin respeto al dia, se obstinó en continuar su trabajo. Pero apareciéndosele una tropa de estos Santos Mártires rodeados de una gran luz, fue cogido por manos invisibles, y atormentado por largo tiempo. Entretanto, los Mártires que estaban presentes á su suplicio, le reprehendian su impiedad, y el atrevimiento que habia tenido de poner sus manos profanas, é idólatras en una obra destinada á servir de Templo al Dios vivo. Este pobre hombre asustado de esta vision, é intimidado con aquella reprehension, pero aun mucho mas vivamente conmovido del dolor de los golpes que habia recibido, corrió á la asamblea de los Fieles, y se hizo Christiano.

Aún añadiré otro milagro conocido, y atestigüado de toda la Provincia. Hallábase la muger de Quiricio, personage considerable por su calidad, tan fuertemente paralítica, que absolutamente no se podia tener en las piernas. Deseó ella que la condujesen á Agauna, esperando recobrar allí la salud por la intercesion de los Santos Mártires. En efecto, habiendo obtenido el permiso de su marido, apenas la llevaron á la Iglesia, quando sus miembros medio muertos volvieron á tomar su antigua robustez: fue por su pie á la Hospedería, y llevandó desde entonces por donde quiera que iba un testimonio innegable, y auténtico del poder que estos ilustres Legionarios tienen para con Dios. Nada dirémos de otros muchos milagros, que todos los dias se están advirtiendo en sus invocaciones.

MAR-